

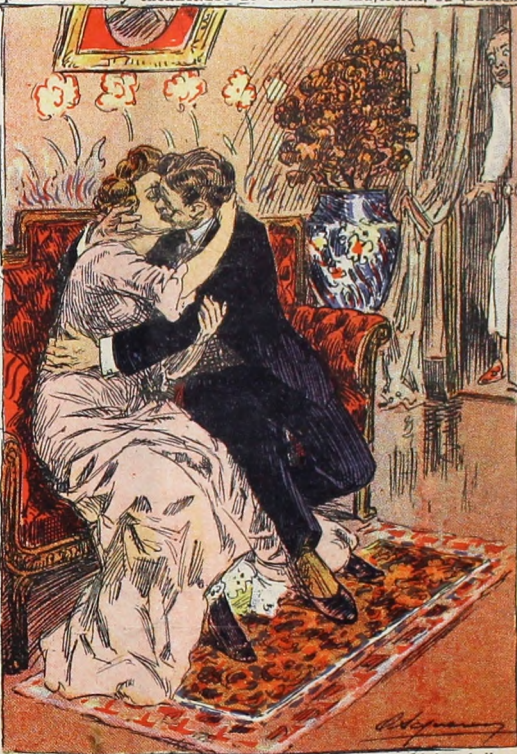
UN HOMBRE PRACTICO

Aquella mañana, Pérez, despertó más temprano que de costumbre. La luz, penetraba tímidamente por entre las pesadas cortinas de una puerta que daba á un patio semi-oscuro. La primera mirada suya, indecisa aun por la pesadez del sueño, fué á la otra mitad del lecho conyugal y se extrañó de verla vacía. Miró al reloj y advirtió que eran las seis y media, es decir, que faltaba hora y media para que viniera Carlos, su amigo y socio, con el cual tenía ahora entre manos un magnífico negocio que debería rendirles indudablemente mucho dinero. Después contempló voluptuosamente todo el lujo que lo rodeaba: los finos cobertores, el techo esmeradamente pintado, los gobelinos de las paredes. Después se le cerraron nuevamente los ojos. Estaba por dormirse, cuando sintió en el llamador de la puerta de la calle, un golpecito discreto como el dado por una mano femenina. Al principio, no hizo caso, pensando que fuera alguno de los peones que traen á las casas, los comestibles. Después sintió en el patio el paso menudo y encantador de Clara, su mujercita, su muñeca

como él decía, y le extrañó sobremanera que fuera ella quien acudiera á abrir la puerta de la calle. Apesar de todo esperó que entrara alguien que pasaría indudablemente por delante de su habitación, pero no sintió nada. Entonces aguijoneado por una curiosidad invencible que le movía todos los miembros, se levantó y calzándose las cálidas pantuflas, así, en ropas menores, cruzó la antecámara. Cuando llegó cerca de la puerta de la sala, creyó sentir un cuchienco ahogado. Al asomarse por detrás de la puerta entreabierta, tuvo necesidad de agarrarse á una silla para no dar en el suelo con su voluminosa persona. Allí, en la sala, estaban Clara, su mujer, y Carlos, su amigo y socio, estrechamente abrazados, en una posición que no dejaba lugar á ninguna duda. Semixtendidos ambos en un sofá, su posición no era por cierto de las más amistosas.

Pérez, contempló aquella escena sin hacer ningún movimiento. Una ola de sangre lo cegó y el primer pensamiento que anidó en su mente fué la de fulminar á los traidores, cebarse en aquella carne maldita que así ultrajaba su honor en su propia casa, aprovechándose de su confianza y de su sueño. Y movido por esa convicción, volvió sordamente á su dormitorio enneguecido pero firme, y abriendo el cajón de la mesa de luz sacó el revolver sin meter barullo. En aquel momento, su silueta se reflejó entera en el espejo del ropero. Y al verse pálido, pues toda la sangre de la cara había huido, y con una expresión desconocida en el rostro, se encontró inmóvil, en una semi-inconsciencia, mientras le zumbaban los oídos y la habitación daba vueltas á su alrededor.

Sin embargo se dominó é iba á cumplir su idea de venganza, cuando un pensamiento como una gran luz le atravesó el cerebro. ¿Que iba á hacer? Un crimen. ¿Y para que? Pensó en Clara, su pequeña esposa, que podía muy bien ser su hija y pensó en su amigo Carlos, joven, guapo y conquistador. Volvió á mirar con desolación infinita, con mirada extraña, como si no recordara nada de lo que lo rodeaba, su magnífico dormitorio, los gobelinos sonrientes y burlescos y los angelitos del techo que parecían engordar de satisfacción. Y sobretodo, pensó en aquel magnífico negocio que habían emprendido con Carlos, y el que le daría tanto dinero. ¿Para que hacer escenas entonces? ¿Acaso lo primordial en la vida no eran los negocios? Y después, él, era un individuo tranquilo, enemigo de tragedias y que evitaba antetodo, aparecer en ridiculo delante de la opinión pública, á la que le tenía un pánico mortal. Si él, se vengaba, todo el mundo lo sabría y lloverían las pullas y las burlas. Quizá también se desahorraría comercialmente lo que sería á más de una vergüenza, la ruina de toda su vida. ¡Ah, no! ¿Y Carlos? No convenía perder á un amigo tan inteligente al cual se debía su fortuna



y que era tan fiel en todos los negocios. La firma "Pérez y Cía.", lo llenaba de orgullo, pues era una de las más renombradas de la ciudad. No podía deshacerse esa sociedad que le había proporcionado las infinitas satisfacciones que da el dincro que es la llave mágica que abre todas las puertas y hace inclinar todas las espaldas.

Era pues, necesario sacrificar su afecto, ya que se trataba de salvar sus negocios que era lo más importante. Y además, ¿cuántos hombres que el conocía y que no conocía, se encontraban en el mismo caso? ¿Y hacían tragedias? ¡De ninguna manera! Había pues, que ser tan práctico como ellos y no cometer locuras, solo dignas de la juventud irresoluta y apasionada. Se volvió á mirar al espejo y se convenció de que con sus treinta y cinco años y su aspecto bonachón y tranquilo, no era el más señalado para ser el protagonista de una tragedia, aunque de su honor se tratase. Y después... ¡los negocios ante todo!

Y pensando de esta manera, Pérez, guardó el revólver en la mesa de luz, se quitó las pantuflas y se volvió á acostar convencido por sus juiciosos argumentos. Se arropó bien y entornó dolorosamente los ojos, tratando inútilmente de volver á conciliar el sueño. De esta manera transcurrió media hora, hasta que Clara, toda roja de satisfacción y de alegría, bella como todas las mañanas en que acudía á despertarlo, se acercó á él y creyéndolo dormido, lo estampó un rápido beso en la mejilla. Despertó él tranquilamente y entonces ella le comunicó:

—Mira, levántate, en este momento acaba de llegar Carlos.

El, la miró de una manera extraña, y después, semi-incorporándose en la cama le contestó:

—Dile que pase.

—¿Aquí? preguntó ella extrañada.

—Sí, contestó él simplemente.

Y Carlos penetró radiante de alegría. Al verlos juntos, Pérez, sintió de nuevo la bestia protestar en su interior con deseos de venganza. Pero se sobrepuso de nuevo y cerrando los ojos, extendió ambas manos abiertas á Carlos y le dijo con voz temblorosa:

—Ya se; usted debe traerme alguna buena noticia amigo mio. ¡Cuanto me felicito de haberlo encontrado!